

VICENTE MARTÍNEZ ENCINAS, LA MEMORIA INACABADA DE UN INTELLECTUAL CREATIVO Y FILÓSOFO LEONÉS

Eugenio Nkogo Ondó

A la expectativa de la posible dilucidación de esta enunciación, habría que recordar que tanto la naturaleza humana como la realidad que la envuelve, su mundo, han sido por lo general unos de los grandes objetos de reflexión de los pensadores en todas las épocas. En cuanto a la primera, además de sus matices diferenciales aparece la convergencia en admitir la racionalidad como una de sus características esenciales que, como denominador común de las operaciones teóricas y prácticas, es capaz, entre otras múltiples funciones, de intervenir o de modificar mediante su *praxis* (acción) las condiciones del medio en que vive, ya sea de forma progresiva o regresiva, conformista o reformista, reaccionaria o revolucionaria. En esa dinámica, si esta naturaleza se realiza en un presente que se apoya en un pasado y se proyecta hacia el futuro, ella es naturalmente histórica. Si la historia es, entre otras concepciones, la expresión, descripción o narración de la forma de ser o de estar-en-el-mundo de cada pueblo, cultura o civilización, eso significa que cada uno o cada una asume su intransferible singularidad. Intentando seguir una aproximación más o menos realista a la nuestra, siempre he juzgado que es menester tomar en consideración algunas de las tesis que Ortega y Gasset nos expuso en su *España invertebrada, bosquejo de algunos pensamientos históricos*, entre ellas, la de la “invertebración histórica” cuya definición estableció en el “Imperio de las masas”, y la que obtuvo al dar el broche de oro a la “Ejemplaridad y docilidad” donde constató que: “Si tornamos los ojos a la realidad española, fácilmente descubriremos en ella un atroz paisaje saturado de indocilidad y sobremanera exento de ejemplaridad. Por una extraña y trágica perversión del instinto encargado de las valoraciones, el pueblo español, desde hace siglos, detesta todo hombre ejemplar, o cuando menos, está ciego para sus cualidades excelentes. Cuando se deja conmover por alguien, se trata, casi invariablemente, de algún personaje ruin e inferior que se pone al servicio de los instintos multitudinarios... Después de haber mirado y remirado largamente los diagnósticos que suelen hacerse de la mortal enfermedad padecida por nuestro pueblo, me parece hallar el más cercano a la verdad en la *aristofobia* u odio a los mejores”. Descartando la posibilidad de detenerme en una exégesis pormenorizada del texto orteguiano, debo señalar no obstante que el investigador que asuma su tarea con rigor y autonomía, comprobará que este es exactamente el mismo “paisaje saturado de indocilidad y sobremanera exento de ejemplaridad” y la misma “mortal enfermedad” que nos siguen afectando hoy en España. Esta la razón por cual, sólo los adheridos al sistema o a los sistemas establecidos han sido, son, promovidos por sus estamentos, mientras que la gran mayoría de sus mentes creadoras pasan por desapercibidas para ser reconocidas o evocadas tras su muerte. Aquí, en este marco estrecho y, por supuesto, excluyente, es donde deberíamos encuadrar a D. Vicente Martínez Encinas, quien tomó buena conciencia de la situación.

El propósito de asomarnos a su trayectoria vital, aunque sea de forma más breve como esta vez, es referirse a las fases de su múltiple formación. Natural de Grajal de Campos (15 de agosto de 1931), frecuentó la Escuela Pública, sita en los locales del famoso Sindicato Agrícola de la Villa, teniendo por maestro al recordado D. Victorio Vecino Pérez. Cursó la carrera eclesiástica, becado por la Dirección Nacional de

Sindicatos, en la que obtuvo 12 premios extraordinarios. En Roma, se licenció en Teología, en Angelicum, y en Ciencias Bíblicas, en el Instituto Bíblico. Licenciado en Filosofía y Doctor en Antropología, en la Universidad Complutense de Madrid, y licenciado en Semíticas, en la Universidad de Granada. Maestro Nacional y Diplomado-Graduado Social. Fue fundador y director del Colegio “Jesús Obrero”, donde se educaron generaciones de alumnos que han ocupado distintos puestos tanto en la Administración Autónoma como en la Central. Después de su acceso a la Cátedra de Filosofía por oposición, fue profesor y director de los Institutos de Fuerteventura y del P. Isla y de la Escuela de Graduados sociales de León. Encinas no sólo se distinguió por su labor educativa y docente, sino también por otras actividades considerables, fue colaborador habitual de *Tierra Camala* y del *Diario de León*, cuyas visiones profundas iluminaron las páginas del *Filandón*. Víctima de una universidad *endogámica* que se deshizo de él, para descartar cualquier chispa que pudiera arrojar un rayo de luz sobre su oscurantismo e inmovilismo, recurriendo al mismo método con el que me largaron a mí tras la creación del Departamento de Filosofía y Ciencias de la Educación, cuyo director se apropió indebidamente de mi aportación bibliográfica. Alejado de cualquier signo vengativo, me consta que asesoró a ciertos docentes universitarios quienes, como pretenciosos investigadores, ni siquiera mencionaron su nombre.

En su imparable despliegue de conocimientos, es fácil observar que, debido a una secularización que hizo caso omiso de la doctrina que el mismo San Pablo desarrolló en la “Epístola I a Timoteo”, 3, 1-7, la Teología y las Ciencias Bíblicas hayan pasado a un segundo plano, con lo que se entregó más y con esmero al cultivo de las demás disciplinas de su formación inicial a las que añadió la Historia y la Literatura, tal como nos lo demuestra el acervo que nos ha legado.

Su mente incólume lo hizo capaz de situarse mejor ante las variables del espacio y del tiempo y de convertir sus condicionamientos en dominios de investigación. Como si se le hubiera revelado con antelación el plan providencial de la naturaleza, tomó la firme decisión de explicar sus causas o principios. Acercarse a su obra es entrar en un “mundo inteligible” multiforme o polivalente por la gran variedad temática que ofrece al lector. Su función docente lo impulsó hasta aterrizar en el archipiélago canario, es decir más allá de los límites peninsulares, en concreto aterriza en una de esas islas cuya extensión y comprensión constituían un microcosmos antropofísico de dimensiones incalculables y desconocidas.

“Llegué a Fuerteventura, Isla Atlántica, sin saber que existía un pueblo que llamaban Majorero - nos cuenta. Revolví las entrañas de su historia y los secretos perdidos de sus gentes. Volví a colocar ante el altar el juego eterno del amor y puse en pie a 25.075 parejas humanas, que mezclaron mil veces su sangre, porque la tierra era una pequeña gavia seca, agria y agrietada, porque la grandeza de su miseria, esclavitud y pobreza les unía y porque el orgullo estúpido de la sangre limpia, con esquiras de religión vieja, los amasaba”. Esto fue el origen de *La endogamia en Fuerteventura*, una novedosa y voluminosa obra, su tesis doctoral en Antropología, en la Complutense de Madrid, publicada por la Excma. Mancomunidad de Cabildos de las Palmas, Plan Cultural 1980, y galardonada con el primer Premio de dicho Plan cultural. Su análisis perspicaz remonta a 1402, la llegada de los conquistadores a aquella Isla, y desvela no sólo su estructura antropológica sino también política y religiosa. Así descifra los enlaces matrimoniales

registrados en los archivos parroquiales de los grandes centros, desde Betancuria (1405) hasta Puerto del Rosario (1975), análisis que, a partir de 1812 casi hasta 1960, compagina con el de los archivos municipales. La Endogamia, aunque representa la estructura familiar básica, sin embargo, la acompaña una mínima exogamia extendida entre los habitantes mayoreros de ambos géneros y los de las Islas restantes. Se sabe, a ciencia cierta que él dedicaba sus libros, de corazón, con su genuina e impecable caligrafía a sus amigos, colegas y demás conocidos. Así puedo recordar con cierta emoción una de estas dedicatorias que, en esta primera y extensa obra suya, me dirigió con estas palabras: “Para Eugenio, venido del Sur, tan cercano a las islas que pudieron separarse de su patria. Con afecto. V. M. Encinas, León, 19-XII-96”.

Fue codescubridor de los petroglifos de Tindaya y de las vasijas neolíticas mayoreras, cuando dirigía el Plan Cultural en la Isla. Publicó numerosos artículos sobre la cultura canaria y por ello se le concedió el primer premio del Centenario del Centro Cultural, Museo Canario de las Palmas. Reflexionando sobre la Filosofía de la historia española y castellano-leonesa, publica el *Señorío de Grajal de Campos, 1500-1700*, galardonado con el Premio “Libro Leonés del Año” en 2002, un libro que nos revela lo que yo mismo he calificado como el auténtico eslabón oculto del poderío de distintos Reinos españoles en la era moderna. En él se observa que la poderosa influencia de los Condes anteriores al siglo XV se refuerza con la concesión del Señorío por parte de los Reyes a la familia Vega y que la institución del Señorío de Grajal “llevó consigo, al igual que en la fundación de los señoríos de la época, la asunción del poder jurisdiccional, que se convierte en poder solariego, situado en el estrato intermedio del poder local del Consejo y el poder Real”. Esto es un estudio pormenorizado y riguroso de las distintas estructuras sociales, políticas, económicas y religiosas que florecieron en la villa a lo largo de dos siglos. Haciéndome constancia de esta investigación, me puso esta nota cuya letra suena así: “A Eugenio, compañero del ser y la nada, viento ábrego del África, un súbdito condal te dedica estos apuntes que no logran la profundidad de tu proyecto existencial. León, 13-8-01. V. M. Encinas”.

Dos años después, *Las leyendas de Turrutalba* le otorga otra vez el Premio del “Libro Leonés del Año”, en 2004. En efecto, este libro cuyo título procede etimológicamente de *turrita* y *alba* (torres defensivas de color blanco), de contenido filosófico, nos sitúa en los misterios de sus contornos y nos remite a esa Tierra de Campos, cuya capital es Grajal y nos presenta los diversos niveles, escalones o accesos al conocimiento de su esencia, que van desde el mito que relata su concepción cosmogónica y acuática, propia de civilizaciones antiguas, en la que desfilan tanto las fuerzas naturales como los dioses o las diosas y las figuras del imperio romano, pasando por las leyendas que hacen eco de las emblemáticas figuras de los Condes, de los Reyes del antiguo Reino de León y resaltan la importancia de su castro, hasta llegar a aquellas que rememoran la incidencia de los reinos mineral, vegetal y animal en la realización de la vida cotidiana entre sus habitantes, etc. Siendo un buen intelectual apasionado de la historia de su pueblo, me lo regala con estas palabras: “Eugenio: Aunque la vida es un engaño, convirtámosla en leyenda. Con afecto. V. M. Encinas. León, junio de 2003”. Por supuesto que sí, igual que él, entiendo que una de las disposiciones para comprender a un pueblo es escudriñar sus mitos, sus cuentos, sus leyendas, etc. A estos galardones, habría que añadir los que consiguió siendo director del Departamento de Filosofía del Instituto Padre

Isla, entre los cuales, el primer premio internacional en el Centenario del gran médico y filósofo hispanojudío Maimónides.

En 2006 nos presenta su *Grajal de Campos, la década conflictiva: 1930-1939*. Asistimos al amanecer y al ocaso de la Segunda República española, nos situamos entre el umbral y el fin de la subsiguiente guerra civil entre el bando republicano y el nacional. A mi modesta opinión la obra constituye una de las mejores explicaciones de aquella situación crítica. Lo mismo que en la segunda obra, en esta predomina el método hermenéutico diseñado por la Filosofía de la historia. Ofreciéndomelo, en su dedicatoria, se lee: “A Eugenio Nkogo: Este era mi pueblo y aquí pasé mi infancia entre tragedias y muertes de esta década que fue conflictiva y dura. Con afecto. V. M. Encinas, León, 13 - abril-2006”. El retiro de la función docente no hizo sino acrecentar su vocación investigadora, mediante la cual nos siguió ilustrando con sus colaboraciones habituales en los periódicos canarios y, fundamentalmente, en el *Diario de León* donde aparecieron frecuentemente sus ensayos, tales como: “**La proclamación de la II República en Sahagún**”, “**Los trigos peraltados**, los paseados en Grajal de Campos en la Zona Nacional”, “**El Hábito y el uniforme**, los paseados en Grajal de Campos en la Zona Nacional”, y una larga serie de artículos, entre los cuales se puede recordar: “El solitario de Palanquinos: Cecilio Burgo-Gar”, “Fernando de Castro inédito: incógnitas familiares”, “La trágica muerte del campanario de Grajal”, “Atenedero Santos Encinas, el maestro de 24 años que celebró la primavera docente y que murió devorado por la “grama perenne”, tan arraigada en los campos de León”, etc.

Me extendió, por fin, las *Pinceladas mayoreras*. Echando una ojeada rápida sobre ellas, descubrí la primera novedad: que su prólogo está firmado por su amada esposa, Toñi Cañón, quien, desde su llegada a Fuerteventura, en 1976, donde permanecerá durante dos años consecutivos, nos narra su experiencia personal como profesora de Lengua y Literatura en el único Instituto de Bachillerato denominado “San Diego de Alcalá”, su participación en el desarrollo del Plan Cultural entre mayoreros, su enlace matrimonial en la ermita de Puerto Lajas, sus visitas al santuario de la Patrona de la isla y a la otra ermita, la de la Virgen de la Peña, sus vaivenes a los almacenes comerciales Peñate..., en fin, su aprendizaje rápido y positivo tanto de la realidad física o natural como de la cultural típicas de la isla y diferentes de su pueblo natal, igual que las de su marido, cuyos recuerdos mantiene todavía vivos hasta hoy... Sirviéndome él el texto en bandeja de plata y con su incansable tono vivaz y alegre, escribió: “A E. Nkogo: Con el afecto imperecedero del primer Catedrático de Fuerteventura. V. M. Encinas, León, mayo de 2021”. En nuestra agradable y larga conversación, me sugirió que sería mejor empezar su lectura prestando atención concentrada a estas tres pinceladas, que enumeré bien. 1: “Los petroglifos de Tindaya”, 2: “La gavia mayorera” y 3: “Cerámica aborigen de Fuerteventura”. Poniéndome manos a la obra, iba descifrando el resto con facilidad, comprobando según los casos, que me quiso donar una recopilación de sus reflexiones sobre dicha isla. De esta guisa, me di cuenta de que a medida que avanzaba, estaba inmerso en una colección variopinta de artículos y de ensayos que, a lo largo de sus cuatro años académicos de estancia en su suelo, había logrado publicar en distintos periódicos y revistas locales, entre los cuales pudo insertar desde otra perspectiva estos otros títulos: “Unamuno, la cara oculta del destierro” 1 y 2, publicados en *Diario de León*, el 15 y el 22 de diciembre de 2002, y “Claudio de Lila, el ingeniero leonés que fortificó Fuerteventura”, el 23 de abril de 2006.

Revisando su actividad investigadora, dando el visto bueno a la publicación de este libro, se manifestó así en la **Adenda aclaratoria en la carta dirigida al editor**, D. R. Hernández Bautista:

“Querido Roberto. Agarrado fuertemente a la rama anclada en la orilla de la corriente que me arrastra hasta el precipicio del más allá te agradezco tu llamada de ayer.

” Aquí te adjunto este escrito que no está publicado. Lo encontré inédito entre mis libros. Tal vez sea la presentación que yo pensaba hacer del libro de la *Endogamia*, en el Cabildo. O tal vez le iba a dar publicidad. Yo entregué las copias al Plan Cultural meses antes y pensé que estaría publicado el trabajo en septiembre de 1979. Pero no fue así. Me vine para León a mediados de septiembre y el libro salió a la luz a finales de diciembre de ese mismo año. Por tanto, este escrito se perdió en las sombras del traslado.

” No sé si aporta algo a la mayorería. Lo que sí aprecio es la hermenéutica exacta del proceso laborioso de su composición”.

Si pudiera opinar como uno de sus lectores más próximos, yo afirmaré categóricamente que sí, aporta algo y quizás más de lo que él mismo esperaba a *La endogamia en Fuerteventura*. Si esta es una obra estrictamente antropológica, su desarrollo implica una dilucidación rigurosa de planteamientos históricos, políticos, territoriales, sociales y religiosos, pues, las *Pinceladas*, como reza su epígrafe o como lo señala él mismo, serían o lo que habría pensado para la presentación o, quizás, un compendio de la primera obra, en el que aparecen en menor escala, naturalmente, los aspectos arqueológicos, arquitectónicos, agrícolas o rurales, artísticos, ideológicos e incluso filosóficos, que atañen al mundo mayorero, ya sea de forma esencial o accidental, circunstancial o inmanente, sea de carácter endógeno, autóctono, o exógeno. Además del Prefacio y el Prólogo, excluyendo los cinco textos que ya conocemos (los tres que él mismo me indicó y los dos que insertó después), el resto se compone de otras veinticuatro pinceladas, que van desde “El expolio mayorero”, pasando por “Puerto Cabras. El nacimiento de una capitalidad (I, II y III)”, “Las pajaritas de Unamuno. “La cocotología”, su carga ideológica y su mensaje de rebelión”, “Marcel Bataillon y Miguel de Unamuno”, “Tindaya y Villaverde (Fuerteventura), posibles focos alumbradores de la cultura aborigen (entrevista de Gerardo Jorge Machín)”, etc., hasta llegar a “El lulismo en Fuerteventura. Esplendor y ruina del franciscano mayorero”, “La agonía mayorera” e “Introducción exegética de la “endogamia en mahor”, etc.

De acuerdo con esta estructura, podríamos acordar que este libro nos presenta una de las mejores exposiciones o descripciones de los fenómenos naturales y humanos de la tierra mayorera y que, partiendo de ellas, nos hemos formado la idea de que, además de sus personajes autóctonos pertenecientes siempre a las altas clases sociales, como lo fueran, cada uno a su nivel, por ejemplo, Ginés Cabrera Bethencourt, “vicario de la Isla y comisario del Santo oficio de la Inquisición” o la influyente familia Castañeyra, su suelo, excluyendo la presencia de los conquistadores y explotadores, desde la creación del convento franciscano de San Buenaventura llevada a cabo por Juan de Baeza, en el siglo XV hasta el XX, había albergado también a otros notables que procedían de otras zonas, sobre todo de la Península. Entre estos, nos atreveríamos a citar a cinco nombres en el siguiente orden: en primer lugar, a D. Claudio de Lila o Lisle, nacido en la ciudad de León en el decenio de 1690 y se reconoce que vio a luz en el Barrio de San Martín y

que, después de haber realizado el nivel de estudios de entonces, ingresó en el ejército y se especializó en Ingeniería Naval hasta conseguir el título de ingeniero Real, asumiendo la función de la defensa de los astilleros y arsenales marítimos, cuyo prestigio facultaría al Rey Felipe V a enviarlo a Fuerteventura encargado de la misión de estudiar militarmente toda la isla. Ahí, en la primera mitad del siglo XVIII, “los caudillos de Berbería, los piratas y almirantes ingleses y franceses acosaban” terriblemente al archipiélago canario. En cumplimiento de su misión, puso en marcha, en 1741, el proyecto de la construcción de castillos y fortalezas para controlar y repeler los ataques. El fruto de dicha actividad se concretó en la edificación de la “Caleta” de Fustes y del Castillo de Tostón. En segundo lugar, situaremos al Excelentísimo Señor D. Juan Francisco Guillén, el ilustre aragonés que, después de que el rey Felipe V le concediera el Obispado de Canarias, en 1739, y el Papa le enviara las bulas episcopales, en 1741, entró triunfalmente en Fuerteventura en los años 1743 y 1744, en una época dominada por las agresiones de los piratas de diversa índole, como lo acabamos de leer.

En tercer lugar, nos acercamos a este huésped especial, Don Miguel de Unamuno, el “pontífice del intelecto”, Catedrático de Filología griega de la Universidad de Salamanca, quien, habiendo lanzado discursos contra el general Primo de Rivera y el rey Alfonso XIII, ha sido incluido automáticamente en la lista de sus grandes enemigos, debido a su rebeldía, sale el decreto del 20 de febrero de 1924 por el que el dictador lo condena al destierro. Y sin dilación, lo embarcan en el viaje vapor “La Palma” que atraca en el muelle de Puerto de Cabras, en Fuerteventura, el 12 de marzo del mismo año. Este es el nuevo destino que, en principio, le parece un infierno y mira con cierto desdén a sus habitantes, pero que se irá haciéndose con la situación al comprobar que estos lo apoyan y defienden su posición. Si la causa de su destierro ha sido su enfrentamiento directo contra la bicéfala dictadura dirigida por un militar y un rey, ineptos, su actitud frente a ellos sigue siendo la misma, en lugar de criticarlos mediante diatribas, lo hace inventando un arte: la cocotología o papiroflexia, que él mismo definió como el arte de hacer pajaritas, es decir el de la habilidad o el dominio de doblar trozos de papeles y plasmar figuras de determinados seres u objetos. En esta transformación, Alfonso XIII es un ganso y Primo de Rivera, un cerdo, lo que significa el mayor desprecio a la institución que representan: una Monarquía corrupta, despótica cuya regla de oro es la arbitrariedad elevada al cuadrado... Desde el momento en que la noticia de su afrenta cruza las fronteras, el destierro de Don Miguel se convierte en un asunto internacional que exigía una solución urgente. Él recibe apoyos tanto de sus compatriotas como de los intelectuales ingleses, franceses, portugueses e italianos, incluso de Santiago de Chile, hasta el extremo en que uno de los portavoces de las manifestaciones nacionales reconocerá que: “... hace tremendo efecto la campaña del exterior”. De hecho, son innumerables las cartas de adhesión a su causa que recibe el ilustre profesor de Salamanca y sus respuestas constituyen un brillante y largo capítulo de la literatura epistolar entre los géneros que había cultivado hasta entonces. Su contacto con la intelectualidad francesa facilitará su rápida huida de Fuerteventura en “un velero francés” y la forma de instalarse en París, donde el filósofo Paul-Louis Couchoud, un antiguo “normalien”, fundador y director de la colección *Christianisme*, que había leído su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, le encarga escribir un *cahier* (un cuaderno) con el título de *La agonía del cristianismo*. Al terminar tanto este encargo como su exilio en la capital francesa, regresará a España para retomar su puesto de Rector de la universidad de Salamanca, después de la caída del

general Primo de Rivera quien, a su vez, sigue sus pasos y lo releva, curiosamente, porque él también se refugia y muere de repente en la misma ciudad.

Después del periplo unamuniano, es preciso mencionar en cuarto lugar a Don Rodrigo Soriano (1868-1944), un político, periodista, diputado y reorganizador del Partido Republicado y director de “El Radical”, se dice que fue amigo y luego enemigo de Blasco Ibáñez, su conexión con Unamuno en la lucha abierta contra Primo de Rivera, lo convirtió en uno de sus cómplices y compañero circunstancial en su destierro, pero su relación en la Isla fue efímera, porque mientras el profesor de Salamanca se consagraba “al culto de la cocotología o ciencia exacta de la pajarita de papel”, satisfecho de la aceptación generalizada que eso había alcanzado a lo largo y ancho del territorio majorero, el periodista se divertía, dedicándose a la caza o a la pesca o bañándose en el mar, donde hacía a diario ejercicios de natación durante una hora. Con esta actitud pasiva, conformista e indecisa, será enviado como Embajador a Chile...

A todos estos, habría que añadir en quinto y último lugar el nombre de Vicente Martínez Encinas, uno de los intelectuales peninsulares que mejor ha seguido y explorado hasta el fondo el camino iniciado por Don Miguel en aquellas tierras. Lo mismo que el célebre bilbaíno supo entablar una amistad íntima y sincera con D. Ramón Castañeyra, el entonces joven leonés recién llegado a la zona contó, desde el principio, con el apoyo de Pepita Castañeyra, “la dulce y candorosa” bibliotecaria de Puerto de Cabras (que podría haber escrito un pequeño diario sobre la conducta extraña del famoso desterrado) y su intrépida sobrina Encarna Castañeyra, profesora del Instituto, quienes le abrieron de par en par las puertas de la ancestral y solariega casa que habían heredado de sus ascendientes. Ahí, este buen observador se motiva, se emociona ante su primer descubrimiento:

“En una habitación, decorada con piedras volcánicas, arrinconadas y cuidadas con infinito cariño, brillaban las condecoraciones que a Unamuno le concedieron en Oxford. Junto a aquellas cruces rojiblancas, se escondían frágiles papeles que contenían los versos originales de poesías manuscritas con sus tachaduras y correcciones. La tinta tenía un frescor inexplicable, como de recién hecha. Un grueso cuaderno, a modo de diario íntimo o poético, también manuscrito aprisionaba otros trozos de papeles sueltos. Y junto a todo ello, fotografías de Unamuno en la isla y numerosas cartas repletas de visiones políticas y de profecías históricas. La gran mayoría, amontonadas en cuidado desorden, eran cartas que Unamuno había recibido durante el tiempo del destierro. Cuatro o cinco las había escrito él. Se las había enviado, ya libre, a Ramón Castañeyra”. Teniendo en cuenta de que este fue el hombre en quien Unamuno confió y a quien nunca dejó de agradecer sus continuas e impagables atenciones en la isla cenicienta, es obvio que conservó la buena amistad con él hasta su muerte, como lo demuestran sus cartas, una de ellas enviada varios años después del regreso a su Salamanca (como la llamaba). En ella, precisamente, fechada el 22 de abril de 1936, le confesaba que: “*Veo esto muy mal. Lo que toma aquí fuerza es algo que no se da ya en la Europa civilizada. Y es el sindicalismo en el fondo anarquista de la C. N. T. Y de otro lado crece el fascismo. Y uno y otro es una forma peor que de la barbarie, de la estupidez. La degeneración mental espantosa. Y qué pasiones ¡qué enconos! ¡qué rencores! ¡cuánto resentido!*”.

Estos hallazgos fueron como una bendición para Vicente M. Encinas, quien, además de su docencia e investigación, dedicó buena parte de su tiempo a su estudio, a

su ordenación e interpretación. Incluso unos años después de haber abandonado aquel ambiente propicio. Así, recuerda que: “En abril de 1980, Pepita Castañeyra me envió a León una carpeta repleta de cartas desconocidas, que había recibido Unamuno. Estaban desordenadas y las fotocopias que recibí adolecían de oscuridad y descolocación. Tanto el material que me fotocopió en la isla, como el que posteriormente me envió, había sido abandonado por Unamuno, en su precipitada y burlona huida de la isla.” Envuelto en la tarea de la mejor comprensión del filósofo rebelde y “un anárquico mental”, sin duda, como yo mismo lo tildado, esta nueva situación exigía otro método que invitaba a proceder con cautela y someter todo, esta vez, a un riguroso orden y a una determinada colocación. Al tratarse de cartas desconocidas, era necesario asignarlas un término que revelase su naturaleza, por eso su estudio recibirá el título de “Unamuno: la cara oculta del destierro”, cuyo contenido será publicado en dos separatas: la primera, en el **Cuadernillo central nº 18** del *Diario de León*, el 15 de diciembre de 2002, acompañado de un pequeño suplemento que dice: “Ya sé lo que es porvenir: la espera”, *Filandón* nº 846. De entrada, en esta primera entrega, el autor testimonia que cuando llegó a Fuerteventura a finales de septiembre de 1975, “Acababan de derribar la casa-pensión donde Unamuno había residido durante su destierro. Poco después levantaron, sobre el solar, un alto y llamativo edificio de varios pisos. Desde los ventanales más elevados, en los días lucientes y diáfanos, se divisaban en el horizonte infinito la costa africana. En el homenaje al desterrado, las gentes de Puerto de Cabras lo denominaron “Edificio Unamuno.”

” La impronta de la estancia de Unamuno, en la isla, fue profunda. Aún permanece como un suceso sin tiempo.” Esta es la proyección de la imagen de una figura inducida por su irrecusable afán egolátrico y llena de contradicciones, que, aunque carezca de la distinción y de la claridad cartesiana, sin embargo, ha dejado algo trascendente. En este sentido, se ve que, así como Salamanca le dedicó un monumento espectacular, justamente cerca de donde vivía, la huella de su estancia en el mundo mayorero quedaría patente y exaltada por las generaciones presentes y venideras. La segunda separata sucederá a la primera el día 22 del mismo mes de diciembre en el **Cuadernillo central nº 19**, con otro suplemento: “Gloria de la cultura patria”, *Filandón* nº 847. Si la nota dominante del primer número indicaba que el escritor recurría constantemente a las pajaritas para liberarse de los fantasmas o de los demonios que lo atormentaban y a la poesía para evadirse de la tristeza, pues, en el segundo número resalta el apoyo, el afecto y la aclamación que recibe tanto de la intelectualidad nacional e internacional, como de ciertos líderes políticos liberales de la época. Debo reconocer y con cierta gratitud a este investigador por el hecho de que, sabiendo que yo también había leído a este autor y que había dedicado algunos apartados a su obra en mis escritos, con su gusto y amabilidad, me permitió fotocopiar las fotocopias de todas las cartas que contenía la abultada carpeta que le había enviado Pepita Castañeyra, con lo cual creé mi propio archivo que guardo hasta hoy en mi biblioteca particular.

Ateniéndome al recurso hermenéutico, no sería justo cerrar este tema sin insistir en que el análisis secuencial de las circunstancias daría razón al talante riguroso de la investigación llevada a cabo por el profesor Vicente Martínez Encinas, tendente a descubrir o a subrayar el peso o la importancia que tiene la literatura epistolar en el pensamiento filosófico, político, ideológico y social de Unamuno. En consecuencia, cabe recordar que Don César Antonio Molina, siendo ministro de Cultura, intervino en marzo

de 2006 en un acto en el que un distinguido cordobés, Manuel Villén, se trasladó a la villa madrileña para subastar un lote de las cartas del ilustre escritor. Tras la demanda interpuesta por dicho ministerio, el Juzgado de Primera Instancia de Córdoba dictó la sentencia a favor del requerimiento ministerial, con lo que dichas cartas -900 cartas en total-, fueron declaradas como parte intransferible del patrimonio nacional. Satisfecho el señor ministro de este resultado, el 2 de junio de 2008, viajó a Salamanca, acompañado de otras autoridades, para presidir el acto oficial en el que procedió a entregarlas al rector de dicha Universidad, quien, a su vez, aprovechando la excelente oportunidad, anunció que Don Miguel de Unamuno Adarraga, uno de los nietos del pensador, había donado a la institución académica la obra póstuma de su abuelo, *Del resentimiento trágico de la vida, notas sobre la revolución y la guerra civil española*. ¡Ha! ¡Misión cumplida! Hemos dejado a Don Miguel en su sitio. En su Salamanca. En mis frecuentes visitas a esta villa, en la última del 4 al 6 de abril de 2002, me detuve durante un rato contemplando su figura monumental, donde pude leer estas meritorias y recordadas dedicatorias:

“Del corazón en las honduras, guardo tu alma robusta, cuando yo muera, guarda, dorada Salamanca mía, tú mi recuerdo.” (Suscripción popular).

“Y cuando el sol al acostarse encienda el oro secular que te reclama, con tu lenguaje de lo eterno, di tú que he sido. Miguel de Unamuno”.

En fin, este es el extremo al que hemos sido llevados de la mano de Vicente Martínez Encinas a través de sus *Pinceladas majoreras*. El lector atento se percatará sin demasiado esfuerzo mental de que estas empiezan por un poema y acaban en otro. La letra del primero (“Fuerteventura, poema que cerró el programa de las fiestas de Puerto del Rosario de 1977”), suena, como lo indica su epígrafe, a una invitación a las Fiestas anuales de la capital insular, mientras que la del segundo (“El crepúsculo majorero”), anuncia una despedida. Claro que sí, el primer Catedrático del Instituto “San Diego de Alcalá” de la isla, donde ha impartido docencia en Filosofía durante cuatro años consecutivos, dice un hasta luego a sus habitantes, no un adiós, porque pensaba que volvería ahí, en otras circunstancias o de vacaciones. Tal como había entrado, se dispone a regresar a la Península en el mismo mes de septiembre para tomar posesión en el Instituto “Padre Isla”, de León. Aquí es donde ejerció no sólo de jefe del Departamento de Filosofía, un Departamento que en cierto modo se enriqueció con su presencia y gracias a sus trabajos que lograron varios premios, sino que también ocupó el puesto de director del Centro y, posteriormente, el de Coordinador general. Me encuentro por primera vez con él unos meses después de mi regreso de los Estados Unidos, en 1981, siendo profesor contratado en la sección de lengua francesa de la universidad de León. Con mi acceso a la Cátedra de Filosofía de Instituto de Bachillerato, en 1982, nuestro contacto será cada vez más un intercambio constante y permanente de ideas hasta que, por fin, lo pillo en el “Padre Isla”, en 1992, donde sufrimos las consecuencias de un sistema educativo que, en lugar de plantear desde el punto de vista estrictamente pedagógico los graves problemas acumulados desde hacía decenios, se dejaba guiar por criterios políticos y sindicales. Era una época en la que tenían especial resonancia dos temas: el de los Derechos y Deberes de los Alumnos y el de la Unificación de los Cuerpos docentes. En cuanto al primero, los Derechos y Deberes se recogían en uno de los capítulos de la LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación), promulgada en julio de 1985. Dicho capítulo, un documento que todos habíamos leído, contenía 70 líneas de

Derechos y 35 de Deberes, en términos explícitos, el número de los Derechos era, es, el doble de los Deberes. Por eso, no dejé de repetir a mis alumnos/as que el Derecho y el Deber eran las dos caras de una misma moneda, que el intento de inculcar a los ciudadanos que tenían más derechos que deberes, era un desacierto que los podría llevar fácilmente a tomar lo falso como verdadero y a buscar un hueco, acomodarse, en un mundo donde reina, entre otros agentes condicionantes, una galopante inversión de los valores. Pasando a la Unificación de los Cuerpos docentes, es obvio que esta fue una de las grandes batallas emprendidas por los Sindicatos provocando un indeseado enfrentamiento entre los Agregados y los Catedráticos, con el propósito de que, haciendo eclipsar los Derechos de estos últimos, todos fueran apiñados en la única categoría de Profesores de Instituto... Pero, a pesar de todos los obstáculos, él y yo supimos mantener inalterable nuestro esfuerzo intelectual inspirándonos en los principios metodológicos pertinentes, con el fin de asumir mejor nuestra responsabilidad cotidiana, hasta que se jubiló, si no recuerdo mal, en el año académico 1996-1997. Este punto final de su actividad docente significó la inauguración de otra fase de realización en la que se dedicaría exclusivamente a la investigación y a la escritura. Como un buen vecino, supe aprovechar la oportunidad para acercarme a su tarea productiva, desde el portal de mi domicilio al suyo y viceversa tardamos como dos minutos, para entrevistarnos y dialogar sobre cualquiera de los temas interdisciplinarios que nos parecía oportuno, en “la peripatética” o en alguna de las cafeterías más cercanas... Aquí dedico a evocar la anécdota de “El efequén solar de Tindaya”, publicado en la revista *La Isla de Fuerteventura, Año III, n° 52*. Del 24 al 31 de enero de 1977, para precisar que fue dedicado a la defensa de “la historia, la cultura religiosa y la identidad del alma majorera” en contra del proyecto Chillida encaminado a la destrucción o desnaturalización de su medio adecuado, un artículo que, a mi modesto entender, los amantes de la lectura pueden leer tantas veces sin que la repetición les dé fatiga. Un día, hablando con su queridísimo autor, en nuestras habituales conversaciones, se lo comenté, y, alegrándose de lo dicho, me dijo poco después que su texto se le había extraviado y no lo encontraba en el montón de otros artículos. Como estaba seguro de que, en mis archivos, yo conservaba algunas de sus fotocopias, volví inmediatamente a mi casa y le traje una de ellas...

Dado que de sus ensayos y artículos no disponía más que de algunos de los que iba publicando desde la década de los noventa, le sugerí últimamente que me facilitara el resto, pero observé que eso no era tan fácil como lo suponía, porque me indicó que su cuñado los había recopilado en dos tomos que guardaba en un pincho. Sólo nos faltó reunirnos con él para que me lo pasara a mi ordenador, pero la circunstancia adversa no nos permitió cumplir con este deseo... En otro orden de consideraciones, antes de eso me confesó que el Cabildo de Puerto del Rosario, la capital de Fuerteventura, le había comunicado que, en una de sus sesiones plenarias, tomó por unanimidad la decisión de poner su nombre a una de sus calles, pero que él declinó aquella digna resolución. Respetando su libre albedrío, le di mi opinión al respecto porque, para mí, eso era como si hubiera querido negar una parte significativa de su pasado, aunque al parecer fuera reducida, como si no hubiera querido aceptar lo que había dejado o había hecho ahí durante su estancia laboriosa y fructífera entre los majoreros. No obstante, su actitud me hizo comprender que quería alejarse de los honores y de los homenajes. Según me enteré más tarde, el único homenaje que aceptó fue el que le rindieron sus discípulos, de León y de toda España, poco antes de su fallecimiento.

Varios años atrás, me propuso escribir juntos un libro sobre Fernando de Castro, del que ya había adquirido una abundante bibliografía, y añadió: “tú te encargarás de los aspectos filosóficos, éticos o morales y yo, de los biográficos, históricos y sociales”. Como se encontraba en su plena lucidez mental, como siempre, sólo esperábamos que se recuperase definitivamente de una intervención quirúrgica que había superado satisfactoriamente. Después de haber estado con él en su local, en la planta baja del portal de su domicilio, la mala suerte de un maldito percance acabó con su vida. Al recibir la triste noticia al día siguiente de su entierro, me quedé sumamente frustrado, consternado e inexpresivo y, sin dilación, marqué varias veces al antiguo número de su teléfono fijo, para dar el pésame a Toñi, su distinguida esposa, mas, por no haber tenido la suerte de darme con ella, recurrí a una de sus primas que me facilitó el número del móvil de su hijo al que tampoco pude localizar, eso sí que este, estando en un acto de servicio en los Juzgados locales, vio que su aparato había recibido unas llamadas de un desconocido y se lo indicó a su madre quien, comprobando que eran mías, me llamó. A decir verdad, su palabra me sirvió de alivio al ponerme al corriente de los detalles del suceso. Así mismo me sirvió la de su hermana Luci, con la que me encontré casualmente y me contó algo más confirmándome que, ingresado en el hospital, a pocos minutos del último trance, sintiéndose lúcido llamó a su familia y a los demás familiares para darles su versión de los hechos y de su estado de ánimo. En atención a esta precisión, me acordé de nuestro proyecto común y mencioné los tomos de artículos que estaban en buenas manos, custodiados por su cuñado. Pues, “no te preocupes, tengo su número, vive en el Polígono X, cuando vuelva a casa lo busco y te lo envío”, me dijo. Así fue, me llamó una hora después para comunicarme que acababa de hablar con él, que los había entregado ya a su hijo Rodrigo. Con especial agradecimiento, me comprometí a ponerme en contacto con este último cuando fuera necesario. Ante estas manifestaciones, intentando expresar una y otra vez lo que yo sentía, me vino rápidamente a la memoria cómo la muerte sorprendió a Albert Camus en un accidente de coche. El famoso escritor, habiendo concluido la redacción de la primera parte de *Le premier homme*, que sería su última novela, a finales de diciembre de 1959, viaja en tren con un billete de ida y vuelta con su familia para pasar unos días de descanso en la casa que tenía en la pintoresca villa de Lourmarin, una villa que el excéntrico poeta y surrealista René Char le había hecho descubrir en la pequeña y potente región de Vaucluse. Para hacer más extensa o comunicativa la agradable estancia, ha invitado a su amigo, Michel Gallimard, sobrino de Gaston Gallimard, editor de los existencialistas y de la gran mayoría de intelectuales franceses, quien con su mujer y su hija han disfrutado de aquella excelente hospitalidad. Pensando en regresar a París, este se muestra a gusto viajar con él en su coche, un Facel Vega FV3B de 1956. El escritor acepta complaciente la invitación, dejando que su familia regresara en el tren y, con esta decisión, saliendo de la villa, tras haber cubierto casi la mitad del largo trayecto, pernoctan en un atractivo hostel en Thoissey. Al día siguiente, 4 de enero de 1960, retoman la ruta y, a la altura de Villeblevin, hacia las 13h55 el vehículo circula a la excesiva velocidad de 145km/h, reventándose uno de sus neumáticos, se estrella y Camus se queda en el acto. ¡Dios mío! Si los existencialistas se mostraron alérgicos a viajar en coches, exceptuando raros casos en taxis a corta distancia en las ciudades, ¡cómo diablos Camus decidió hacer este viaje descartando totalmente coger el tren en el que tenía que regresar sano y salvo a su casa! Al lado de su cadáver, encontraron a su amigo gravemente herido, el cual, habiendo sido trasladado al hospital, fallecerá pocos días después, salvándose su mujer e

hija, aunque fueran también heridas. La conmoción que sacude a toda Francia retumba en todo el mundo.

Jean-Paul Sartre, muy afectado, con su pluma hábil y existencial escribe en *France-Observateur*, nº 505, del 7-1-1960, que, aunque estuvieron “enfrentados” uno al otro, esto era una forma de vivir juntos, subrayando que “Camus nunca dejó de ser una de las fuerzas principales de nuestro campo cultural, ni de representar a su manera la historia de France y de este siglo”, lamentando, en fin, que “El accidente que ha matado a Camus, lo llamo escándalo porque hace aparecer en el corazón del mundo humano la absurdidad de nuestras exigencias más profundas”. Lo que nadie podría haberse imaginado es que siendo él mismo el “cartesiano del absurdo”, la muerte lo llevaría de la forma más absurda. Me acordé del mismo modo de Simone de Beauvoir, quien, materializando la experiencia más cercana y dramática de la muerte de su madre, cierra su ensayo, *Une mort très douce*, con esta reflexión: “No se muere de ser nacido, ni de haber vivido, ni de la vejez. Se muere de *algo*. A saber, mi madre consagrada por su edad a un fin próximo no ha atenuado la horrible sorpresa: ella tenía un sarcoma. Un cáncer, una embolia, una congestión pulmonar: es también brutal e imprevisto como la parada de un motor en pleno vuelo. Mi madre alentaba al optimismo cuando, baldada, moribunda, afirmaba el precio infinito de cada instante; pero también su vano empeño rompía el telón tranquilizador de la banalidad cotidiana. No existe muerte natural: nada de lo que le ocurre al hombre es jamás natural puesto que su presencia pone al mundo en cuestión. Todos los hombres son mortales: pero para cada uno su muerte es un accidente e, incluso si la conoce y la consiente, una violencia inducida.” Así, la muerte, con su causalidad tan diversa como sus efectos, siempre está al acecho, nos llega a todos, tarde o temprano, de forma lenta, rápida o de repente. Es lo que hemos visto hace poco, conservando todavía en buen estado su facultad para diferenciar lo verdadero de lo falso, una herida en la frente, debido a la caída de un tropiezo absurdo, se llevó a nuestro recordado Vicente Martínez Encinas el 25 de junio de 2024, cuando le quedaban justamente un mes y veintiún días para cumplir sus 93 años. Q. E. P. D., que el Supremo Hacedor se apiade de su alma y que los que creemos en la otra existencia, la del más allá, sigamos rezando por ella, a la vez que albergo la esperanza de que su obra sea uno de los objetos de estudio de futuros investigadores, no sólo leoneses sino también españoles y quizás de otras nacionalidades.

© León, 20 de agosto de 2024.